

VALERIA ZURANO

Insular



HAZ DE GUÍA
Editora

Valeria Zurano

Insular

Zurano, Valeria Celeste
Insular / Valeria Celeste Zurano. - 1a ed . - Castelar : Valeria Celeste Zurano, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-86-4491-2

1. Poesía Argentina. 2. Poesía Latinoamericana. I. Título.
CDD A861

Diseño de tapa: Sofía Solá

Este libro fue editado en tiempos de cuarentena y aislamiento, fue una manera de seguir conectados produciendo cultura, sin olvidarnos lo que somos: seres humanos que necesitan encontrarse.

E-Mail: valeriazurano@yahoo.com.ar

De estos poemas nacieron canciones, melodías que se dejaron llevar por el ritmo del agua. En ese misterioso viaje, donde se encuentra la poesía y la canción, nos embarcamos con Norberto Ocker. Su música profundizó el sentido y el paisaje de este libro. Agradezco su apasionado compromiso en la interpretación de Insular.

A la abuela Celia, que llegó y se fue en un barco. Su vida estuvo signada por el agua. El río tapó varias veces su casa. Se enfrentó a la inundación y en ella perdió todo, pero siempre sostuvo la esperanza, la nostalgia, la voluntad.

En esas inundaciones, viví mis primeros naufragios, y construí botes sobre los cuales tuve un mundo; mi isla.

a Ely Cabral
a Cristina Manaut
por la magia en las palabras de la isla.

"...Todo sucede. La vida es más o menos un barco bonito. ¿De qué sirve sujetarlo?"

Haroldo Conti

LA CRECIDA

*“Lo primero en morir son los anillos,
en algunas brazadas perdí el mío...”*
Antonio José Ponte

Dejaré la casa de la isla a la mañana
las aguas han crecido durante la noche.
Crecieron con una calma absoluta
sigilosas y oscuras abrieron
las puertas del sueño.
Dejaré los ojos en el borde de la orilla
el cuerpo tendido sobre la arena,
los zapatos flotando junto a cada objeto
que fue puesto allí
con la esperanza de una vida.
Temprano me arrancarán de lo que fue mi casa.
Dejaré la cama tibia y el agua humeante
la voluntad de los que juntan
las redes vacías y luego,
retornan.

Anuncian la inundación
dudan si es de día o de noche
si la tormenta es ese perro reflejado
en círculos que crecen sobre el arroyo.
La tempestad avanza:
nubes negras sobre el río
vientos agitan el mimbre
aves que buscan sus refugios.
La lluvia disuelve esta letra de arena
apenas perceptible mi letra pueblerina.

Las garras del sobreviviente
el último llamado de evacuación;
las aves han desaparecido
el tiempo y los insectos.
La espera es la gota que resbala del verde
el pétalo que cae sobre los infortunios del agua
las olas que azotan los esqueletos de los barcos.
Acá oscila el destino errante
ríos de sombras, resplandores
bolsas de arena frente al oleaje
la voz que salva.

Aferrada al mástil del muelle
cansada de esta supervivencia:
apilan los muebles, y el agua crece
suben las ropas, y el agua sigue
se quiebran los vidrios cuando el agua avanza.
Esperamos
mientras la lluvia y el viento
llenar el fondo oscuro del cuenco de la duración.
Las cosas se han echado a perder
los cajones y nuestros días flotan
desfilan delante de nuestros ojos
recuerdos y preocupaciones.
Más allá murmuran la esperanza de que vuelvan,
que regresen las balsas de rescate.
Aferradas al muelle hacemos silencio
sabemos que las olas del río
pueden escucharnos.

Cuando las aguas crecen
la corriente se lleva todo,
las palabras junto a los mudos camalotes
buscan el sosiego de una playa.
No hay impulso valedero en el furioso arrastre
sino un aliento guardado para el final.
Al llegar a la desembocadura
un enjambre de llamados y de pérdidas
improvisan un embalse:
la amalgama que se forma de plumas y de hojas
tapa la locura de ver cómo va yéndose
en aquellos camalotes
mi alma terrestre.

El cielo sobre la espalda del río
alcanza a tocar la casa de los pájaros.
Los biguás detienen el atardecer,
una quietud de bandadas
mirándose en los espejos,
pero es debajo de la isla
con algas entintando tu boca
agitándote en un remolino
cuando un impulso temible
te sumerge.
Aquello que jamás nadie desearía.
El cielo te ha dado la espalda
y tú miras el reverso del paisaje
como si fueras una ofrenda.

Los botes pasan majestuosos
con sillas y colchones a punto de caer,
sobre el destello de la luna
las ranas cantan
el último instante que se agota.
El éxodo sobre el agua
como una imagen bíblica donde algunos
rezan con el pensamiento
y otros con las manos
acarician el rosario de hojas
a través de la corriente.

Las olas rompen
contra el trabajo de las estacadas
agitan la tierra
como si fuera un barco de papel
y la tierra es eso.
Ningún trabajo tiene a mi mano
salvo extraer el agua cálida del fondo de la embarcación.
Cuando el agua sube
oscura y negra como la noche,
la nostalgia repunta
bajo el fervor de la creciente,
una sombra es el mascarón de proa
que me impulsa por la niebla.

Los caracoles trepan las varas de las leguminosas
por la ruta verde de sus estambres
buscan la gota que piensan que es la luna.
Los que hallaron un tronco flotante
no saben cómo detenerse
las olas se los llevan, hunden sus cuerpos
ahogan el pedido desesperado de una sogá
el grito de sus nombres.
Un dolor trepa por las varas de mi espalda
busca aquella gota que es la luna;
los mensajes del destino se escriben
y se borran
bajo la estrella gris de la sudestada.

Las lanternas hablan
con botes que a ciegas
van hasta la desembocadura.
En ese alumbramiento nocturno
nos buscamos, nos reconocemos
llevamos el sello del agua en la mirada.
El sello es una lágrima
que no termina de llorarse
un dique delante del horizonte
una bruma costera que nunca se disipa.

La inundación ha superado la copa de los ceibos
tendré que dejar la isla
debo dejarla, quieta y dormida bajo el agua
como la ciudad misteriosa del atlante.
Me sumergiré con ella
vestida de raíces y de ramas
con los ojos abiertos admirando
lo que se hunde alrededor.
Bajaré hasta el suelo calizo
caeré extenuada sobre esa porosidad
ese lecho de fango y minerales
donde reposa el vidrio verde
de las botellas del pasado.

Nadie pudo alcanzar
aquella gallina que resbaló del techo
ningún intento
fue suficiente para salvarla.
La llamábamos por su nombre.
Las alas se revolvían desesperadamente
sus patas escalaban el oleaje.
Desde nuestra lejana supervivencia
la vimos hacer un gesto solícito
hasta que la respiración y la fragilidad
se hundieron en la correntada.

Rendidos al movimiento de la espera
las empalizadas del muelle oscilan.
Algunos se entregan a la inercia del descenso
y otros son empujados hacia las copas de los árboles,
jamás hay que perder de vista
un punto en el horizonte
ni dejar de oír el torbellino de la arcilla.
Oníricas linternas nos llaman
desde los barcos
que Ella veía entre la niebla.
Todo se va cuando las aguas suben
las vidas se separan
se abren con la resignación de lo que madura.

DIARIO DE LA ISLA

*“...intentas llegar al agua de la vida,
alumbrar una memoria mínima,
una hoja pequeña.”*

Ida Vitale

Los cuerpos desde la ribera
en el reflejo eran árboles,
nubes, trenzas de raíces,
bocas de irupé, sombras de elodeas.
Asomados al atardecer escuchábamos
el canto de amor de las ranas
embarcadas sobre las hojas de los camalotes
ladeando esas diminutas islas
del territorio de nuestro pensamiento.
Los brazos crecieron hasta cortarse
abiertos como manchas sobre los arroyos
buscaron la siesta demorada de la tarde
esa calma donde la ropa flameaba
el color rojo del río.

Bajo el sol saltábamos hacia la fortuna del agua
los sauces y los juncos acariciaban el ímpetu del braceo
el esfuerzo de las márgenes opuestas que se unen.
Una risa ahogada en los recodos del camino
un salto ornamental que pretendía llevarse
la flor de una magnolia
al fondo del barro.
Nos quedamos recostados bajo el sol
con el olor del río en la piel
descansando sobre el motor de las chicharras
sobre los años del muelle
con el alma hecha una extensión de tierra.

Dejé que la mirada se escurriera
por detrás de los juncales
a través de las cortinas verdes
de las ramas de los sauces
quise ver más allá:
tu casa, tu ropa flameando al sol.
No sé remar en silencio
aplacar las aguas antes que el remo se sumerja
acariciar las olas para que se amansen
rondar en sigilo tu casa;
ver el fondo y el jardín
el trasmallo como un vestido de novia
secándose sobre los troncos
las botas negras a la entrada de la casa.
Es temprano para que haya luces
un foco de pastos encendidos
dibuja un espiral de humo
los perros resbalan sobre la lluvia
de la noche anterior.
Tu voz suena entusiasta y laboriosa en el cañaveral.
Sentí que mis ojos eran una mirada de yacaré
con el remo hice presión sobre la ribera
para darle estabilidad a mi respiración.

Los remos rendidos sobre las olas
inclinada hacia el cielo escucho
el largo peregrinaje de las nubes
cielo y río son lo mismo.

La isla fue un fragmento de soledad
rodeada del paso tornasolado de los peces
cardúmenes que escapaban a mi sombra.

En aquellos días el tiempo insular
brillaba en el centro de la flor de un camalote
y el camalote a la deriva
en una gota de agua.

Una carta ondulante
flota por los afluentes
tal vez, el recorrido náufrago de la memoria
que busca el delta del reposo.
Creo ver en ese papel laxo
una palabra tuya y una mía
el color cárdeno de la tinta
un dilema que se disuelve en el agua.
El verde de la costa la atrapa
los juncos con sus delgados dedos
la hunden en las calladas razones de sus raíces.

Cuando entraba al canal
la campana de los remos, los ladridos
o el vuelo en conjunto de las aves
anunciaban su presencia.
Su rostro tenía los gestos de la ínsula.
Los brazos firmes por la acción del remo
los pies planos sobre la tierra.
Esa tarde trajiste una tacuarita azul
agazapada entre la jaula de sus plumas,
en los ojos de ella y en los tuyos había una isla.
Tomamos mate hasta que el atardecer y tu remar
hicieron silencio.
Abrí la jaula;
alguien voló hacia la oscura libertad.

Desde la vaguada
trajeron tu bote azul
atado, sinuoso por el canal.
Esto fue después del verano
antes de que la inundación me llevara.
El motor de la lancha
fue sofocado
por cada musgo que viste estos árboles
los líquenes que nacen de la ausencia
silencian todo con la canción amarga.

No hay grandes nadadores para el río.

El río traiciona cualquier certeza

esa convicción de que nadando

se puede llegar a alguna parte

o por lo menos sobrevivir

al rigor de la corriente.

Es difícil entender los remolinos

imperceptibles a la mirada de la superficie.

Los que estuvieron al borde de la muerte

conservan visiones de los ahogados

dicen que ahí abajo

puede verse el universo.

Al anochecer las plantas de irupé desaparecen
como estrellas al amanecer
lánguidas
descienden hacia el propósito del descanso
o del ocultamiento.
Las hojas protegen en su centro
el corazón
de quien regresa a dormir
la flor del sueño a las profundidades.

Aprendí a llevar una isla
trasladarla dentro de mí
como un recuerdo o una gruta
en la cueva de lo designado.
No puedo dejar esa tierra insular
ya he terminado de nadar en el espejo.
En verdad soy la que va sobre tu fuerza
dormida o medita bunta
buscando en tu tierra o en tus aguas
la supervivencia.

EL DESAGUADERO

*“...todo se disolverá en
una llanura de agua...”*

Javier Heraud

Hay quienes pueden leer el río
contar las historias más aterradoras
predecir el futuro, la creciente, la sudestada
los que vienen remando del otro lado.
Quienes leen el agua jamás se sumergen
saltan de un puente a otro, de una barca a otra
de un muelle a otro, de un tronco a una piedra
y ven el fondo a pesar de lo turbio,
leen el agua y piensan en el fondo
saben que hay más aunque no se vea.

Los barcos cruzan el gran canal
llevan el quebracho en las cubiertas
las bolsas de aserrín
la fuerza de los hacheros.
Traen palmeras pindó atadas a la borda.
Cruzan el desagadero con los motores apagados
se oye la ambición de la tierra firme
la alegría de quien regresa
el precio verde de sus palmas.

La corriente es capaz de traer tu nombre
labrado en un tronco
para llevárselo al lecho bruñido de la arena
al estanco olvidado de un estuario.
La corriente anudó tus manos al mimbre
la labor de tejer el silencio de los nudos.
En la brisa del agua cabalga
el sonido de la otra orilla
aquella palabra
que se posa sobre la quietud
donde el agua y el pensamiento
confluyen.

El vuelo rasante de una garza mora
despabila la piel del río.
Sobre el muelle los pescadores remontan los anzuelos
elevan sus cuerpos cuando atrapan una nube.
Comenzará a llover
será un manantial brotando de las paredes
filtrando por debajo de las puertas
hasta que las aguas logren juntarse.
La casa deja de a poco la isla
una casa flotante que se lleva
todo el esfuerzo que se ha hecho
para que el agua pase.

Los viejos areneros
navegan lentos el sol estival
cargan largos troncos de timbó blanco
sobre los que un hombre afirma las cuerdas
mientras el horizonte
cae sobre su espalda.
El arenero es un animal cauteloso
que avanza furtivo
por la antigua ambición de la cacería.
Los troncos resplandecen en el paisaje
inmensos como nubes
flotarán solos hasta la dársena.

Soltamos amarras
diluidos en la distancia;
el espejo acuático nos devora.
La niebla del amanecer crece
la hora en que el agua parece incendiarse.
Cruje el bote como si viajáramos
en la cáscara agitada de la realidad.
El sudario de la bruma cubriéndonos el rostro.
Cuánto hay más allá de la proa:
acaricio el aire
todo el paisaje me tiene en sus manos.

Durante días esperé la señal
un punto en el horizonte.
Esperé una luz en la noche del río
el indicio de que algo se aproxima.
Tal vez el barco del amor turista
con aquellos que ni bien pisan la isla
se enamoran
y luego la desechan
para odiarla locamente.
Alguien viene hacia acá
tocará tierra cuando caiga la tarde,
todo durará hasta que el viento lo decida.

SOÑAR EL AGUA

*“En el agua tenías que morir,
no hay que asombrarse.
Tendiendo redes en la noche,
para pescar por fin tu corazón inquieto.”*

Emma Barrendeguy

Estoy quieta y estancada
detenida en mitad del río
la braceada y la última toma de aire
se extinguen.

Tengo una mirada a ras del agua:
el horizonte y el mundo son aquellas totoras
no hay cielo, ni pájaros.

En la orilla esperan sus serenas voces
pero nadar, algo en mi cuerpo fue desarmándose,
la única fuerza del oleaje, el único movimiento,
es la brisa sobre el agua,
el agua y las totoras que de allí emergen.

Bajo la noche estelar
desamarro el bote
son mis sueños los que crecen
de la mano del río
y enlazan raíces por debajo de la tierra.
Acaricio las constelaciones
sobre el mapa arrugado de la travesía
sonríó ante la estrella de la expedición
que enseña la gratitud del viaje
de regreso.
Mientras los puentes de la memoria
juntan las sombras del presente y del pasado
en los hondos espejos de la acequia.

Los brazos en el monte

la fuerza callada abriendo los senderos

el machete a la altura de las rodillas

vaivenes de metal donde la luz destella

el soplo que corta el aire.

Una sombra escapa hacia el claro

los ojos duelen en la oscuridad

la espesura del verde

y esa presencia que se adivina.

No puedo oír más que el corazón y el metal

afilando los ecos del continente partido.

En la dulce siesta los insectos
cubren tus pasos con azahares
no quieren sobreponerse al éxtasis.
vuelan sesgados sobre las flores.
El muelle es el apéndice,
la metáfora
que nos habla del mundo y de los otros.
Las abejas perdidas en el sueño del néctar
el sueño de la miel es similar a mi sueño.

Una hoja atrapada en un remolino
agitándose entre ramajes, sumida en los esteros
enterrada en el arenal, golpeándose entre canoas
la corriente deriva la balsa de mi cuerpo.
Flotar como se sueña con el cauce del delta
huérfano el rumbo, la brújula dañada
el timón fuera de eje
los vestigios de un mapa incomprendido.
Una hoja a la deriva busca en el embalse
la imagen del cielo
y pierde la calma
en el derroche de no haberse encontrado.

Los sueños como si fueran redes lanzadas
en los sedimentos de la noche
nada atrapan, ni conservan;
sólo el agua pasando
por las costuras y los nudos.
Aquella quietud del verano clausurada
en las pequeñas embarcaciones
que deja la hojarasca.
El mundo es esa estrella refulgente
el sol en el brillo del ritmo del oleaje
el reflejo en el ojo del ave que me observa.

La isla se aleja del continente
abriga la esperanza del aguaribay
bote que naufragas bajo el diluvio
las rocas van hacia tu velamen
el amor contra tu voluntad.
Cualquier fuerza humana es oposición
así lo entiende el viento, así lo entiende el río.
Jamás podré volver y eso era antes mi alegría
así lo dice la tempestad.

LAS AGUAS BAJAN

*“... y salgo a despejar el barro del camino a casa
con la pequeña escoba gastada bajo nubes...”*

Diana Bellessi

Las aguas comienzan a bajar
algunos regresan para encontrarse
con los que no han podido dejar la casa
con aquellos que permanecieron
contando historias sobre los pilotos.
Cada persona hace un repaso
de las cosas que el río ha dejado.
Lo hacen desplazando la vista
de un objeto a otro, tenaces, serios.
Un brazo se extiende para señalar
el desordenado paisaje:
la mesa varada en la entrada del arroyo
sepultados bajo el barro
la calma y un zapato perdidos a último momento.
No sabemos si el río elije lo que se lleva.
Pero yo he escuchado los gritos
de aquellos que regresan
y no encuentran nada.

En cada pisada la tierra
hundiéndose
sobre el cansancio
levantamos chapas y maderas infladas
nadie se detiene,
salvo para predecir el destino
de aquellos objetos
que fueron arrastrados
por el alma errante de la corriente.

La crecida dejó sus garras sobre las paredes
el lodo cubrió los muebles, las moscas
están felices haciendo nuevos hogares
en el lodazal de la rivera.

El río prefirió de todos los recuerdos del delta
quedarse con tu canoa.

Cómo habrá sido esa imagen de la canoa azul
subiendo hasta tocar el cielo
soltándose del roble
yéndose sola por las aguas.

Los carrizales comienzan a erguir sus esqueletos
resplandecen las delgadas sendas
esas cicatrices
que deja el agua cuando parte.
En los templos del barro
buscamos una luz
la llave que abra la puerta de la reconstrucción
el mensaje oculto del metal.
La revelación está en el óxido de la arcilla
un mundo bajo las cavidades oscuras
de los barcos vencidos sobre sus áncoras.

La inundación tiene el vigor de modificar
la transparente o turbia existencia,
en la bajamar
una casa se lava y se raspa
como si fuera el fondo de una olla.
Cada uno extrae lo que puede.
En la superficie de esos huesos
lavados y raspados hasta el desengaño
tarde comprendes el desgaste
cuando alguno se quiebra.

La marea en retirada

los ecos de los barcos encallados
la música de las mustias elodeas
tu voz en las brazadas traslúcidas
de los pequeños anfibios
que pueblan la laguna.

Inminente es el riesgo de perecer en la tierra seca.

Lo que se fue

ha sido un ancla perdida

una casa de barro

el velaje del amor a pleno viento.

En este instante comienza otro naufragio.

El sol endurece el lodo

el adobe petrifica los restos y la fiebre

el peligro de precipitarse con las aguas

cuando las aguas bajan.

Hice de mi barco una isla
la quietud
también es parte del movimiento.
Todo continúa hasta que encalla
en el tiempo o en la luna.
Mi isla fue inquieta y transatlántica
río y armazón de casco viejo.
Tuve una isla, en nada se parecía
a los islotes de la tierra, y sin embargo
me congelé y me encendí en las navegaciones.

Mi isla se ha desmoronado
dentro de un grumo de légamo
perdí el rumbo
dejé caer los remos.
Desde el albardón
protejo, junto a mí, una bolsa
con actas de nacimientos.
Bajarán y hundirán las herramientas
en señal de que lo adverso no es ajeno:
todo el barro que se junta con las palas
vuelve a arrojarse al río.

ISBN 978-987-86-4491-2

